

El Ortogonal en Tiawanaku.

Hasta ahora, a pesar de las muchas hipótesis y de las muchas teorías sobre Tiawanaku, esta cultura sigue siendo una gran incógnita. En sus misteriosas ruinas se han detenido arqueólogos y antropólogos de todo el mundo; los ingleses Squier y Markham, los alemanes Von Tsusi y Middendorf, el sueco Nordenskiöld, el norteamericano Means, luego Uhle y, por último, Potznansky y Tello han medido, indagado e intuído en las Chullpas de Sillustani, en el recinto de Kalasasaya, en las esculturas monolíticas, en la cerámica, en las joyas, en la irradiación vastísima de la huella tiawanakota. Y siempre queda en pie, muda, la gigantesca interrogación sobre el origen, la época, la duración, el modo de vivir y de pensar de los fundadores de esta misteriosa cultura. Montando guardia, indescifrables, en la desolada región a orillas del Lago Titicaca, están las ruinas azotadas por un ventisquero cósmico que sopla hace siglos sobre las carcomidas piedras hundidas en la parda arcilla, vigiladas por mil cumbres nevadas bajo fantástico tropel de nubes verdes y rosas: la punta aguda del Yllimani, la mole de Sorata. Un montón de siglos entierra en la oscuridad de la prehistoria la ruta cronológica que conduce hasta el paisaje inhóspito, a una raza sin duda fuerte, que llega cargando sus dioses, sus artes y artilugios, sus adelantos y una cultura cu-

ya importancia en América es innegable, pues, aunque puede discutirse el privilegio de ser la cuna de las civilizaciones americanas, ya el hecho de sentar y discutir esta hipótesis es prueba de su importancia. Indudablemente su antigüedad corresponde a una época entre los 600 y 900 años A. de C., sin saberse cuando un cataclismo entierra para siempre el secreto de su aparición y destrucción.

Quizás la región Amazónica guarde en sus ciénagas, el origen de la raza que vino a poblar este vasto Ckolla-suyo, en la meseta andina. Quizás la Amazonía, en una de las periódicas transformaciones geográficas de la tierra, fué inundada y lanza desde su intrincada selva, hacia la tierra alta esta raza de artífices taciturnos y guerreros indomables, desde entonces silenciosos como sus rebaños.

Como documento fundamental de su existencia nos han legado los signos de su iconografía. La voz de Kon-Titi-Wiracocha y Manco Kapac esculpida en el duro pórfido de la "Portada del Sol". Una ideografía de signos indescifrables y sorprendentes: "Ojos Alados", "Caracol", "Pez", "Puma", "Cóndor", "Astro", "Cara", "Brazo", "Mano", "Pies", "Pierna", "Nariz", "Boca", "Oreja", "Cola", "Alas", "Sexo", "Corona", "Cetro", "Movimiento", a los que se añade una iconografía plectógena geométrica que enraiza su construcción geogónica en el signo "Cielo" y "Tierra", "Pacha" en lenguaje aimará. Signo *mater* del que se desprende toda la concepción teogónica de América y el omnipotente "Signo Escalonado", representado por el ángulo ortogonal, expresión geométrica basada en el ángulo recto o en la suma de estos ángulos.

Inciso en la dura traquita de la Puerta del Sol, en la combinación de una geometría precisa, de líneas rectas, el ortogonal nos revela a un pueblo de constructores de acabada organización social, capaz de resolver el problema de mo-

vilidad y laboreo de semejantes bloques de piedra, y maduro desarrollo espiritual para llegar hasta la expresión del pensamiento en una de las leyes mas solventes dentro de la relatividad de todas las leyes.

En efecto, el ángulo recto significa el equilibrio y la armonía, base de la quietud artística por su estabilidad, en oposición al ángulo agudo, símbolo de inestabilidad y dinamismo. Por este ángulo el estilo clásico tiawanakota está dotado de un poder emocional constante y universal. Con el Signo Escalonado los artistas tiawanakenses coinciden en los principios egipcios. Hermanan el signo escalonado al ortogonal, para representar la esencia de una ley. Osiris, la diosa egipcia, lo lleva en la posición de los brazos plegados, como su esposa Isis, madre de la medicina y orgullosa personificación de la primera civilización egipcia, y se repite, constante, en los bajos relieves con escenas de caza y de conquista.

El ortogonal es el ángulo arquetipo de la sabiduría, de la estabilidad, de la conjunción de la vertical, significando las fuerzas desconocidas del cielo, con la horizontal, simbolizando la tierra en la inflexible pesantez de sus leyes naturales. El ortogonal es la figura representativa del reposo y quietud a que aspiran los pueblos que han trabajado mucho o que han sufrido mucho.

John Ruskin declara que toda la arquitectura europea, la buena y la mala, tiene sus orígenes en Grecia, que "todas las modas y los estilos derivan de los descubrimientos de los antiguos griegos que dan la columna, como dá Roma el arco y los árabes la ojiva".

Tiawanaku, desconoce los principios del arte griego, la

aplicación de la columna, el arco romano, la cúpula o la oji-va; en la simplicidad de su llamado "Período Clásico", apenas si se reconoce el uso de pilares de lava y bloques de piedra tallada, asegurados por ganchos de bronce.

Pero esta incipiente arquitectura se ve realizada por el pensamiento inciso en los monolitos, bajo la representación del ortogonal. Este ángulo resume sus conquistas técnicas y espirituales. Es el ángulo que rige todo en este pueblo de arquitectos, pues más que artistas son arquitectos poseedores de una ciencia, una filosofía y un sentido estético fundido en esta representación geométrica.

Algunos arqueólogos creen ver en la estilizada geometría del Tiawanaku una sabia calendografía, otros una representación de las modalidades topográficas, orográficas y geográficas: mesetas, cordilleras, montañas, colinas, andenes; la tierra cubierta de agua, las islas, el interior de la tierra (sototierra), la tierra alumbrada por la luna o por el sol, la tierra sumida en oscuridad.

Potznansky dice que la causa engendradora del "Signo Escalonado" es la idea de que la bóveda celeste tiene una configuración escalonada; también puede ser la contemplación del rayo en su forma de zig-zag, "al brillar en el firmamento en las noches oscuras de tormenta y en esta manifestación cósmica creían ver la forma del cielo. Además a esta creencia habrá sin duda contribuido la forma peculiar que presenta la vía láctea en el hemisferio meridional, como también el característico aspecto de las nubes. (cúmulos)".

Esta explicación ingenua, más que ingeniosa, no puede ser tomada en serio. Tampoco la explicación para buscar la génesis del "Signo Escalonado" en la visión del paisaje.

"Aún es más comprensible, agrega Potznansky, el intento de buscar la génesis de esta idea en que los habitantes

de estas regiones cuando viajaban, subían de planicies bajas a planicies altas trasmontando sierras para bajar del mismo modo por la otra vertiente de la montaña, cual sobre peldañón gigantesco”.

“Por ello se imaginaban aquellos hombres la corteza de la tierra como una greca (véase la cornisa de la Puerta del Sol) por donde se ve que la forma de terraza de la cordillera Andina y el Antiplano, fué el motivo principal para admitir que la tierra tiene una forma escalonada, de cuya creencia es expresión el signo que se estudia”. (1).

Más que la apoteosis de la segunda época del Tiawana-ku, la Puerta del Sol, con su extraña iconografía de ritmo geométrico, con el convencionalismo de las cuarenta y ocho figuras alineadas en su friso, en postura subalterna, dinámicos, en posición inferior, vueltos hacia la inmovilidad de Wiracocha, el Ser Supremo, estático en su pedestal escalonado, es la afirmación omnipotente del ortogonal, la representación del orden cósmico, síntesis del hieratismo ideológico de una cultura labrada en la piedra, en la madera, en el barro policromado y en el ornamento de los tejidos.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

¿Cómo saber la verdad? La leprosa puerta dolménica nos invita a traspasar su enterrado umbral. Está abierta hace miles de años, porque jamás se cierra; ni ante el espacio ni ante la duda. El viajero puede entrar sin dificultad y recorrer las ruinas de Acapanac y Pumacocha, subir por los escalones megalíticos de Kalasasaya. Puede preguntar, medir, indagar, intuir o juzgar. Los guerreros alados, los pumas y cóndores le encaminarán por el severo arcaísmo de su

(1) Arturo Potznansky.—“Una Metrópoli Prehistórica en la América del Sud”.—Tomo II pág. 121.

existencia lítica. Su bocaza hemipléfica —¿por acción de un rayo o persecución de las idolatrías?— permanecerá siempre muda, a pesar del incógnito y feroz puñetazo, y no sabremos con certeza si los hombres alados de la primera y tercera franja, llevando bastón de mando, lanzas y peinados copetudos, son dioses o semidioses. ¿Qué rol desempeñan los pájaros incididos en la franja central? ¿Por qué las figuras subalternas se dirigen hacia la figura central de Wiracocha?

En vano preguntaremos a los cóndores asomados al Signo Escalonado si efectivamente son receptores de la luz solar; a los “pumas”, si son ascendientes de los que hoy se esconden en las grietas andinas o símbolos de una fauna extinguida por el cataclismo; no podemos adquirir la certeza del significado de los signos coronados. ¿Simbolizan lluvia las lágrimas en la faz de Wiracocha o son “signos alas” de la divinidad? ¿Qué costumbres, usos y leyes representan los cetros? ¿Qué, la veneración por el Mallku, —cóndor macho con su crestón canoso—? ¿Es corona de jerarquía terrenal este crestón venerable o es aureola divina, de vencedor y poderoso?

Lo único que podremos constatar es que, todo en el arte Tiawanakota reposa en estrictos principios técnicos y espirituales. Que está regido por el formalismo de una cultura religiosa; es un arte dirigido por una casta sacerdotal encargada de vigilar el hieratismo de las fórmulas sagradas, de interpretar el simbolismo de una sucesión de ángulos rectángulos que resumen el orden y la armonía alcanzadas por las teogonías universales.

La expresión plástica de una forma intocable; la inviolable encarnación de un predominio religioso, estético, sobre una filosofía geognóstica. Como los sacerdotes egipcios vigilan la inviolabilidad de la figuración de los dioses en un



arte que es resumen de representaciones de poder constante, así en Tiawanaku las hermandades “Amaotanaka” y “Yatinaka”, vigilarán inflexibles, la inviolabilidad del ortogonal y su aplicación en la expresión del pensamiento tiawanakota. La invariable trayectoria de la línea vertical y horizontal cuya conjunción divina es el ángulo arquetipo.

Hay que seguir la irradiación del ortogonal al través del continente americano. Perseguir su huella por las cumbres andinas. Tocar a las puertas del laberinto de Chavín de Huantar, bajar por cumbres y andenes hasta las tierras calientes, hasta los valles calchaquis, cuyas culturas, sin esta clave, serían incomprensibles; recorrer los arenales de Nazca y las necrópolis de Paracas, de Pachacamac y remontarse por el Ckolla-suyo para constatar la elocuencia iconográfica de este signo universal, unido a la prehistoria del lejano Miltla, Uxmal y Chichen Itza. Veremos que por este signo el arquitecto-artista del Tiawanaku, desde el primero hasta el último de los períodos clasificados por los arqueólogos, logra unificar con una ornamentación geométrica sui generis, la iconografía, y los aspectos universales de América precolumbina demostrando el enlace, la relación de todas las culturas, bajo la expresión del signo inmutable: el Ortogonal.

FELIPE COSSÍO DEL POMAR.
